

nemos más que de una sola cucharilla de plomo para los siete.

Nos dan á toda prisa cigarrillos puntiagudos y cónicos, pues ya nos hemos levantado para despedirnos. Y cuando el mandarín sale para acompañarnos por su jardinillo comido por el sol, á quien escolta por etiqueta un antiguo servidor, que lleva delante de él un quitasol negro parecido á los de los bajos relieves de Nínive, se siente pasar de pronto en las cosas, en el aire, como un recuerdo de yo no sé qué época atrasada del Asia antigua; la noción del siglo presente se pierde por un momento.....

Al final del sendero de bambús hay gente agolpada que nos espera para vendernos una porción de gallos y de gallinas, que tienen en tormento en jaulas redondas excesivamente pequeñas, y luego huevos, bananos, patos y limones. El señor Hoé nos dice: «Para comprar estas cosas se debe ir al mercado», es decir, al otro lado del río, hacia donde veíamos ir á todo el mundo.

Pasemos, pues, á toda prisa el río, mezclémosnos con la muchedumbre de Tuzane. Será cosa

entretenida, y luego, en nuestras instrucciones está mandado que llevemos á bordo, para los pobres enfermos, huevos, frutas y alimentos frescos.

Pero he aquí de pronto á 312, gaviero de mesana, que se arrepiente en el instante de sentarse á su remo. Se ha producido en su cerebro una ratificación repentina acerca del sentimiento que tenía sobre aquellas señoras hacía un momento, y ahora quisiera ir con mi permiso á hacerles una visita antes de dejar aquellas riberas; 216, gaviero de palo mayor, le acompañaría también de buena gana y por la senda florida se llegaría en seguida. —¡Oh! una visita muy corta, de modo que metiéndose en un champán cualquiera me alcanzarían.....

—¡Ah, no, lo que es eso no puede ser! ¡Esta galantería podría ser peligrosa y esto sería una lástima! Como tengo cargo de almas, lo rechazo, manifestando grande indignación. Embarquémosnos todos y de un salto pongámonos en la otra orilla.

El tal mercado es un hormiguero inmundo.

Se celebra al aire libre en una plaza cuadrada.

A cada lado hay una doble fila de puestos cubiertos de paja, donde están sentados los vendedores. Y en el fondo una pared de pagoda con sus viejos y pequeños monstruos de porcelana.

Cocedores de té, que lo sirven hirviendo en tazas con diablillos verdes. Pasteleros, vendedores de figurones de porcelana, vendedores de estampas. Picadillo de carne, ofrecido en montoncitos colocados en hojas verdes, tortillas hechas con larvas de moscas; perros secos, curados, aplastados como bacalaos; cerdos vivos empaquetados en rotens con una asa para cogerlos; objetos para uso de los dioses, velas encarnadas y barras de incienso. Gente sucia y llena de miseria.

En el cielo quema el sol. Y mendigos y mendigas acosan á la gente, tendiendo las manos; truhanes, tiñosos rascándose con destreza de micos; hombres llenos de úlceras malignas, con la cara comida, viejos sin labios, sin párpados, con un agujero á manera de nariz y oliendo á muerto.

Al principio se apartaban de nosotros con una especie de temor; pero ahora se acercan para mirarnos. Hay en esta muchedumbre extrañas caras

de niño, con bellos ojos vivos, estan desnudos y con un moño muy alto. Jóvenes, casi bonitas, con largos cabellos ásperos recogidos á la griega y miradas de gatita, pero todas con los dientes negros, mascando betel y cal, que les produce en los labios una baba colorada. Hombres púberes con el torso desnudo, esbeltos, airosos, con hermosas cabbelleras de mujer siempre y en todo tiempo, feos después en la edad madura cuando crece su barba tardía: una docena de pelos largos, espesos, que caen á la manera del sauce llorón ó como el bello de una foca.

Grandes sombreros inverosímiles ponen en la sombra todas aquellas caras: por todas partes caen bellotas como cordones de campanilla, adornados con dijes de nacar que representan invariablemente murciélagos. Cuando hace viento agarran cada uno de estos cordones para evitar que se lleve aquellos sombreros.

Entretanto nuestra falúa se llena poco á poco de las gallinas más grandes y de los más hermosos bananos.

Compramos como todo el mundo, pero pagamos

demasiado caro. Los gavieros se sacian de fruta, después de las grandes privaciones de á bordo, miran de cerca á las mujeres, las levantan los sombreros para verlas mejor. Por lo demás, están ricos; llevan varias filas de *sapeques* (una moneda agujereada que se enhebra por el centro) arrolladas á los riñones como rosarios. Entonces, en su alegría de hallarse en tierra y de comer tantos bananos, dan al azar lo que se les pide, dejan á las vendedoras que apunten ellas mismas las cuentas y tomen de su cinturón lo que les parece cuando son jóvenes y algo bonitas.

Todavía disponemos de media hora. Sin perdernos de vista unos á otros, vamos á visitar Tuzane rápidamente.

Y henos aquí errando en hilera, por senderos de arena bordeados de setos muy verdes ó de vallas de bambú. Aquí y allá tejados bajos desparrramados entre arbustos floridos y pequeños *arekiers* de palmas rizadas parecidos á ramilletes de plumas de avestruz en un extremo de hástiles de caña. Una vegetación amanerada, sin grandes árboles.

Tantas casas como pagodas. (Los marineros dicen: capilla de misa negra.) Viejas pagodas liliptienses, donde cinco ó seis personas no podrían caber con los ídolos que hay dentro. Para adornarlos parece que han tenido lugar en otro tiempo sueños infernales: se han pintado, se han grabado y esculpido en techos y paredes, fealdades y espantos de toda clase, guirnaldas de cárbos y de escorpiones, revoltijos de gusanos llenos de anillos que parecen blandos como larvas; largas orugas con uñas, con cuernos y miradas feroces; monstruos mitad perros, mitad demonios, riendo todos con la misma intraducible carcajada. Los soles devoradores, las brumas saladas del mar, los grandes hálitos destructores de los tifones han podido patinar todas aquellas cosas, agrietarlas, separarlas, pero á pesar de eso, han conservado, bajo el polvo gris de los siglos, un aire de vida intenso; se levantan, se retuercen, se erizan y miran con ojos bizcos del lado de la entrada como preparándose á saltar, en un paroxismo de furor, sobre el que se atreviese á venir.

Alrededor, viejos jardincillos de arena, donde

unas plantas completamente extrañas se agostan con la luz y el calor; cercados vacíos que encierran otros animales indefinibles haciendo gestos de muerte. Y siempre los mismos biombos de piedra colocados de pie al borde de los caminos y cubiertos de escenas diabólicas capaces de estremecer.

En el interior de estas pagodas se siente la vejez decrepita; el polvo, el salitre royendo los ídolos y las inscripciones de nacar de las paredes. En el sombrío santuario arde una lamparilla que alumbrá á medias regimientos enteros de monstruos con sus barbas roídas por los gusanos. Se siente un olor de incienso, de humedad de caverna, y en el fondo, sobre el altar, en la semi-obscuridad, Buddha, obsceno, gordo, suelta la carcajada y expresa su bienestar entre tortugas y garzas simbólicas.

Entramos en algunas de las casas que se presentan para ver lo que pasa allí.

Los habitantes están fuera, tal vez en el mercado. No encontramos más que viejos ó niños que se esconden dejándolo abierto todo detrás de sí, ó solamente perros flacos que nos olfatean y luego se

van con la cola entre piernas gruñendo de miedo.

Todas aquellas casas que no tienen más que tres lados se parecen. La familia se acuesta en el fondo en cierta especie de estrados, tapados con transparentes de junco pintarrajeados, y en medio de todo, en el puesto de honor, detrás de un transparente particular, los buddhas de la familia están sentados en una hornacina; rodeados de todo cuanto hay de mas precioso en la casa: floreros, pantallas, gongs pequeñitos y campanillitas.

Los marineros, que en nuestra excursión van de una parte á otra, á derecha é izquierda, se entretienen buscando frutas y mujeres, me llaman de pronto, muy conmovidos para que vaya á ver. Han descubierto una casa de rico que dicen que es muy bella.

Todo está muy oscuro en casa de este rico. Las columnas macizas que sostienen el tejado son de madera fina y están cubiertas con delicadas esculturas, se ven en el fondo cornisas caladas, verdaderos encajes de sándalo, ébano, caoba, realzadas con oro; y luego inscripciones doradas en grandes bastidores de laca. Hay una gran cantidad de co-

sas buenas colgando de las complicadas vigas del techo, jamones curados, perros prensados, patos prensados también, pescados secos, y luego otros animales extraordinarios imitados con ramas de árbol que se han retorcido en forma de garras y con raíces á las que se han puesto ojos. El aposento de los buddhas no puede menos de ser muy notable en aquella mansión, y los gavieros familiarizados, como ya lo están en veinte minutos con las costumbres del país, se van derechos á levantar el transparente del centro para ver á aquellos dioses que deben estar detrás.

Entonces aparecen sentados en semicírculo y brillantes en su fino oro. El brasero donde arde su incienso es de una forma religiosa exquisita con asas muy altas. Alrededor de ellos hay pantallas incrustadas con nácar verde y rosa; colas de pavo en floreros azules y gongs de plata para excitar su atención cuando se les reza.

Un anciano con moño blanco, asombrado al vernos, sale de un rincón haciendo reverencias hasta el suelo, pareciendo como que pide merced con sus pequeños gritos lastimeros. Es sin duda el rico á

quien pertenece todo aquello. Para tranquilizarle, á 312 se le ocurre decirle «buenos días» en francés y en bretón, y luego volvemos á bajar el transparente de los dioses y nos vamos para no prolongar más su inquietud.

Fuera vuelve á herirnos aquella gran luz, más brillante aún. Bajo nuestros sombreros blancos sentimos como un fuego que hace arder nuestras sienas ó un dolor profundo que, en momentos dados, se apodera de toda nuestra cabeza. Y siempre aquel mismo olor de almizcle y de estiércol, imposible de respirar, arrastrándose por el aire.

Los gavieros me siguen más agrupados, con un andar más lento, dominados poco á poco por el calor que va aumentando á medida que crece aquel sol de muerte. Sus pies descalzos se queman en la arena y desgarran con las espinas de las plantas.

Arrancan al azar, de un tirón, de los cercados verdes, algunas flores desconocidas, se las colocan en su camiseta ó las arrojan después de haberlas ajado como los niños. A veces, por detrás de los barrotes ligeros de las empalizadas, aparece

una cabeza gris gruesa, el pescuezo estirado de un búfalo que nos olfatea inmóvil y estúpido, echando humo blanco por sus húmedas narices.

Y siguen los monstruos de porcelana encaramados en las esquinas de las pagodas, dirigiendo siempre la intensa mirada de sus ojos de cristal, como proponiéndose lanzar en el silencio de aquellos caminos y de aquel sol los misteriosos espantos chinos. Dícnos al paso el profundo abismo que separa de nosotros á los hombres y á las cosas de su país; las tinieblas diferentes de que procedemos, las diferencias poco tranquilizadoras de nuestros primeros orígenes.....

Cuando volvemos á vernos en medio de las tiendas y de los vendedores, nos acogen esta vez como amigos que regresan; esto es más de lo que pedimos, y por algunos *sapeques*, repartidos de cualquier modo, los mendigos también se ponen á hacernos cortejo. Antes de marchar, deseamos ver aquella pagoda, una de las mayores de Tuzane, que está en el mercado, y entramos seguidos por la multitud.

Está casi vacía, como al día siguiente de un sa-

queo. Algunas armas de ceremonia penden todavía de las paredes; armas antiguas complicadas, malas, con dientes, con carcajadas, recordando siempre, como todas las cosas chinas, las formas y las contorsiones de un animal. Y el señor Hoé nos confía que, por razones políticas, se pasó el día anterior quitando los buddhas, los vasos y todos los ídolos; ocultándolos muy lejos, en el campo.

Un tam-tam, verdaderamente enorme, ha quedado en un rincón, y los gavieros me piden permiso para tocarlo, con objeto de ver el sonido que produce. Pues claro está que lo permito, puesto que á mí mismo me agrada oír un poco de música.

¡Bum! ¡bum! ¡bum! ¡bum! á cada golpe, que es espantoso y que aturde. Todos salen de sus tiendas y vienen corriendo para ver lo que ocurre. Y se agolpa la gente á nuestro alrededor, tanto cuanto en Tuzane puede agolparse. ¡Vámonos!

Pero nos acompañan; toda la plebe de los mendigos se ha agregado á nosotros. Los rostros carcomidos, los tiñosos, las buenas mujeres sin nariz, todos nos siguen, nos tiran de las mangas, se agarran á nosotros. Aquella primera distribución

de sapeques nos ha perdido. Ahora se los echamos á puñados sin contarlos. Es una derrota: rodeados, palpados, abrazados, sintiendo que andan en nuestras manos otras manos sucias, ladronas ú obscenas; huimos arrimándonos unos á otros, ocultando nuestras manos por temor á los contactos, no atreviéndonos á pegar por piedad y por asco; no atreviéndonos tampoco á mirar; huimos arrebatados por un torbellino de gritos y de gente.

Felizmente allí está nuestra barca. Saltamos á ella. «¡Fuera!» Y todas aquellas cosas retroceden con un murmullo que se va apagando, el mercado desaparece detrás de los bambús de la orilla. Ya estamos tranquilos en el agua corriente que nos arrastra. ¡Todo acabó ya!

Allá abajo, las mismas bellas de por la mañana se encuentran en la orilla. Esta vez intentan enseñarnos patos y bananos para atraernos mejor, para hacernos creer que son vendedoras; pero tampoco esto les da resultado. Entonces, una de ellas, despechada, nos tira un huevo muy grande de gallina, que se aplasta en las espaldas del 315, gaviero de bauprés.

—¡Oh! señora, qué mal educada está usted.

Llegamos á la barra, á la pagoda que guarda la entrada. El sitio está silencioso é inundado de luz. La antigua guarida diabólica, inmóvil sobre su arena, en su cercado de acíbar, nos envía al paso los mismos gestos, las mismas carcajadas feroces; luego la rada se abre ante nosotros en toda su magnitud; una superficie de agua de un azul pálido esplendoroso, un inmenso espejo del sol, donde ni un soplo de aire se mueve. No quedan rastros de aquellas nubes que la oscurecían al salir el sol; se han pulverizado en el aire ardiente, se han fundido en él. Las montañas lejanas que avanzan en el mar para formar los cabos, son tan agudas, están cortadas con tanta regularidad, que tienen un verdadero carácter chino; pero parece que han disminuído, que ellas también se han fundido ante la claridad que ahora brilla, y que, por el contrario, la rada ha crecido. Y nuestro barco está muy lejos desgraciadamente, se advierte en lontananza su silueta gris, aumentada por el espejismo. Dos horas de camino á remo en aquel mar caliente, con aquel sol terrible que si-

gue subiendo, será mucho para los brazos de mis pobres gavieros, por más que sean duros y templados.

¡Pero cómo se ha poblado aquella rada que estaba vacía cuando la atravesamos á la ida!.... Nos asombra ver una multitud tan grande de champanes de pesca, que salpican aquel azul como enjambres de moscas. ¿De dónde ha podido salir todo aquello? Los pescadores, con el torso amarillo á la luz del día, la cabeza negra por la sombra del sombrero pantalla, trabajan de prisa, con una actividad inverosímil de fantoches movidos por un resorte. Sus redes rojas, lanzadas sin esfuerzo, se levantan de minuto en minuto, siempre llenas de peces saltadores, que á lo lejos brillan como polvo de nácar.

Y luego, ¿qué será aquel enjambre de animales extraños que ha venido á colocarse allá abajo, sobre el espejo de las aguas, al pie del cabo Kien-Cha? Sin duda la escuadra de champanes Reales encargada del arroz de la Corte, que esperaban en la isla de Haïnan. Por las señas no puede ser ninguna otra cosa; animales de alta mar, con largas

alas roca matizadas de amarillo, alas de murciélago en unos recortes fantásticos de membranas estiradas, alas graciosas de mariposas en otras, con un grande ojo en medio para terminar la semejanza. Tienen los chinos un sentimiento tan intenso de la animalidad, que les es imposible en lo que hacen libertarse de las formas vivas. Acaban de llegar y de fondear, y recogen poco á poco sus velas con una cansada lentitud. Su color rojizo destaca sobre aquellos azules claros llenos del reflejo del sol; la distancia y el espejismo les prestan el aspecto más extraño, parecen grandes y ligeras.

¡Ah! ¡qué amigos tan valerosos aquellos gavieros, sin debilidad, sin murmuración, sin miedo! No toman más tiempo que el necesario para echar un trago del vino que les he dado, para quitarse la camisa á fin de estar más cómodos, y luego animándose los unos á los otros, helos lanzados á cortar el agua con todas sus fuerzas bajo aquel sol que quema. Poco á poco las puntas de arena se van cerrando y recubriendo, y la pequeña ciudad inverosímil desaparece por completo detrás de las

dunas bajas, que á su vez se aplastan y se confunden para no formar tampoco más que una línea; estamos en medio de aquella extensión reflectora que nos devuelve por debajo, deslumbrándonos, todo el sol que cae de arriba.

Detrás de nosotros, un gran champán ha salido del río, con pabellón agudo con rayas rojas; y se ven gentes con largo vestido y quitasoles. Es el Mandarín que viene á bordo, fiel á su promesa. Vamos, por lo menos, nuestra misión quedará bien ejecutada.

Sobre la superficie pálida del mar comienzan á dibujarse ahora fajas mucho más azules, parecen correr al ramificarse; se estiran como colas de gato, como ocurre en el cielo con esas finas nubes estiradas que anuncian viento. Es que se levanta brisa..... Al principio no se sienten más que pequeños soplos intermitentes, que vienen á agitar nuestra tienda blanca, que mueren y luego renacen.

Pero pronto vemos la rada entera invadida por esa tinta más oscura que se ha extendido, como hubiera ocurrido con una inmensa mancha de

aceite, la rada está toda ella rizada con estriás azules; la brisa sopla débilmente y nos sentimos revivir.

En los champanes de pesca, inertes ha un momento, se ve ahora una agitación general; han recogido las redes, y unas arboladuras exageradas y extravagantes salen de todas partes como por encanto, largas patas articuladas, astas retorcidas, entenas larguiruchas. Abrense, unas tras otras, multitud de velas de esterilla, afectando todas las formas conocidas de alas. Las de en lontananza se asemejan por completo á gaviotas, cárabos, mariposas, como si una hada con una varita hubiera hecho que se abriesen á un tiempo todas aquellas crisálidas adormecidas. Y la asombrosa población se anima, se levanta, se pone en camino alegremente hacia las pesquerías de alta mar.

La brisa sigue refrescando. Champanes hay que van completamente inclinados bajo su velamen loco; para mantener el equilibrio los tripulantes se encaraman hacia fuera, en el extremo de arcos de madera, agachados como monos. Pasan muchos á izquierda y derecha, rozando con nosotros, otros

nos cortan el camino ligeros, ruidosos, dejando apenas en el agua estelas blancas.

Nosotros también hemos recogido el remo y hemos sacado todo el trazo posible. Filamos bastante á gusto y respiramos aquella brisa salvadora—un poco contrariados, sin embargo, de sentir que nuestra marcha es casi pesada en medio de todas aquellas cosas que vuelan.....

II.

30 de Agosto de 1883.

..... Al despertar, miré el fresco musgo sobre el cual había dormido. Se parecía á los musgos franceses, y había también gramíneas finas, que recordaban las de los bosques familiares donde viví de niño, á la sombra de grandes robles, sobre un suelo pedregoso favorable á los matorrales.

Todo aquello pasaba al pie de una pequeña pared, en un recodo muy sombrío.

Y no había tampoco nada extraño al pie de aquel muro sobre el cual se apoyaba mi cabeza: era como los de las casuchas de nuestras aldeas; en otro tiempo, blanqueado con una capa de cal al estilo campesino; ahora todo verde con helechos en los agujeros..... Sin duda era alguna cabaña abandonada, aislada en medio de una región poblada de árboles. (Se adivinaba que alrededor de uno había profundas espesuras de verde.)

Y tuve la sensación completa durante dos se-